PQ6254
.N69
v.2
no.36

ovela de Noch

MOR PROHIBID

POR

ALVARO RETANA

Una pta.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6254
.N69
v.2
no.36

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00024036892

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
AUG 10 1983		AUG 9 83	
SEP 09 1983		AUG 30 83	
FEB 28 2006			
MAR 07 2006			
DEC 18 2006		DEC 19 2006	
APR 18 2012			

RECEIVED OCT 12 2018

Digitized by the Internet Archive
in 2026 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elamorprohibido00reta

PQ6254
.N69
Año.1
no.36

Editorial "Atlántida"

Obras que han alcanzado grandes éxitos:

Cielo y Fango,

NOVELA POR

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

Un hombre visto por dentro,

NOVELA POR

RAFAEL LOPEZ DE HARO

El maleficio del tapete verde,

NOVELA POR LOS

HERMANOS GRACIANI

CINCO PESETAS CADA EJEMPLAR

PEDIDOS A

EDITORIAL ATLANTIDA

Y

NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42. — MADRID

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año II Madrid, 15 de septiembre de 1925 Núm. 36

El amor prohibido

POR

Alvaro Retana

Ilustraciones de SOUSA

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SAEZ HERMANOS
NORTE 21. - TELÉFONO 17 - 65
1925

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

LAS SORPRESAS DE LORENZINA

POR

Cristóbal de Castro

ILUSTRACIONES DE

P U I G

DEDICATORIA

Para José Cerdán Aranda, el simpático escritor de Buenos Aires. Su admirador y buen amigo,

ÁLVARO.

I

Me parece que ha sido en *El encantò de la cama redonda,* una producción mía aparecida en *La Novela de Hoy,* donde me he referido a Carlos Monreal, el malogrado retratista de las bellezas a la moda en Londres y París.

Para nadie era un secreto que Carlos Monreal sufría la obsesión del Pecado y la Noche, y en su famoso estudio del paseo del Cisne se rendía excesivo culto al demonio de la Perversidad decorativa. Aquel amor apasionado por el perfume de las decadencias era lo que hacía interesante la personalidad del artista y lo que le prestaba una aureola cauti-

vante, que llenaba su casa de admiradores pintorescos.

En aquella mansión original y confortable, en que se congregaba tanta gente *bien* deseosa de comportarse mal, celebraban diarios aquelarres una profusión de histéricas y desequilibrados, todos de buen tono, que entusiasmaban al dueño de la casa: príncipes y princesas orientales más o menos de opereta, siempre rodeados de la consideración pública, pero especialmente comprometidos; actrices y *divettes* en boga por su arte o por sus vicios; aventureros cosmopolitas, sin pudor ni dinero, pero con muchas pretensiones; aristócratas en descrédito por sus excentricidades; Margaritas Gautier, próximas al arrepentimiento si los tiempos continúan tan malos; adolescentes magníficos, de los cuales se conocían las familias y el precio; pianistas capaces de producir un desconcierto en cuanto el dueño de la casa se descuidase en la custodia del piano; honorables muchachas tocadas de libertinaje y curiosas de emociones prohibidas; teósofos,

SOYA

espiritistas, literatos en ciernes, neurasténicos y otras diversas variaciones sobre tan amena fauna, a más de un saldo de señoras *mayores* extremadamente serias y, por lo regular, interventoras eficaces en transacciones amorosas.

El que más y el que menos de los asiduos sustentaba la teoría de que no hay nada que estorbe tanto como una virginidad, y por eso rivalizaban en desprenderse de las últimas que les quedaban, tanto físicas como espirituales. Allí nadie se asustaba de nada, porque iban precisamente a encontrar un horror nuevo, y aun los más remisos en adoptar resoluciones heroicas, concluían arrojándose intrépidamente al abismo sin fondo de lo condenable.

Por fortuna, la Policía nunca intervino en las reuniones del célebre pintor, que tan trágica muerte tuvo en un baile de máscaras; pero si una indiscreción hubiera hecho necesaria una visita, habrían sorprendido los guardianes de la moralidad pública escenas deliciosas.

Cuando yo hice amistad con Carlos era fre-

cuente hallarle en el estudio sacando apuntes al carbón de una preciosa napolitana, de la cual estaba platónicamente enamorado y con la cual se acostaba todas las noches, en unión de un *bambino,* hermano gemelo de ella. El pintor y la bailarina se adoraban; pero como ella era virgen, para no privarse Carlos del placer de dormir con su musa, a la cual, sin embargo, deseaba respetar, recurrían a Angelotto, con gran hilaridad de algunos maldicientes, que no hubieran apostado tres pesetas por la virtud de la hermana, ni siquiera por la del hermano.

Carlos empezaba sus bocetos a la hora del te, y tanto la preciosa bailarina, arrogante modelo de indiscutible plasticidad, como Angelotto, un Ganímedes de trece años, cuya ambigua belleza rivalizaba con la de la hermana, permanecían en el estudio totalmente desnudos, produciendo en los asistentes, primero una inefable sensación estética, y luego un excitante y morboso deseo de comprobar al tacto que no eran dos estatuas de marfil, sino au-

ténticas criaturas de carne y hueso, inflamables, por cierto, a la más leve caricia.

Algunos de los asiduos vespertinos iban únicamente para deleitarse en la artística contemplación de los suculentos modelos que el pintor, en nombre de la Belleza, pero en realidad para exasperar a los concurrentes, solía tener desnudos a la hora del aperitivo; mas otros repetían su visita por la noche para embriagarse en el cultivo de los paraísos artificiales.

Carlos Monreal, que había gustado todas las depravaciones elegantes, no podía prescindir de las drogas estupefaccientes, y entre aquellas paredes aisladoras del resto de Madrid, él y los iniciados en la vetusta religión del Opio, hoy mixtificada por el diablillo de la Cocaína, la Morfina y el Eter, soñaban en paradisíaca inmovilidad, reclinados los cuerpos en la blandura acogedora de los amplios divanes, repletos de almohadones de oro y púrpura.

Si las reuniones de la tarde eran concesio-

nes a los sentidos, por la noche se traducían en homenajes al espíritu, y después del te inglés y el consabido discreteo, como corresponde a personas *de buena sociedad,* el pintor y la pareja de napolitanos repartían, cargadas, las pipas guardadoras de tantas dichas sonrosadas y azulados sueños.

Singularmente las mujeres, solían estar en mayoría, ávidas de deleitarse con la prohibida caricia de la droga oriental. La sensibilidad femenina se adormece de tal forma durante la negra embriaguez, que el contacto del hombre más brutal les parecería suave y delicado como el roce de un andrógino.

Por eso iban tantas, llenas de impaciencia, al estudio de Carlos Monreal a gustar las delicias del opio, y transigían, como yo transigí, con la compañía de tipos equívocos; porque el opio es una Patria, una Religión, un lazo fuerte y celoso, como afirmaba Baudelaire, que une a las criaturas más aún que la mutua simpatía.

Seguramente que en la calle nos despreci-

ríamos unos a otros, dadas nuestras costumbres y convicciones morales, tan opuestas; pero ante el opio nivelador amigábamos y nos absolvíamos los unos a los otros para pensar únicamente en la conquista del Bello Ensueño.

II

Reconozco que no fué en busca de una sensación culpable y perezosa por lo que quise descifrar los misterios del opio, sino, sencillamente, por no desentonar en los curiosos aquelarres de Carlos Monreal.

Yo frecuentaba aquel estudio con la deliberada idea de describir su ambiente en mis novelas, y en fuerza de convivir con tanto personaje absurdo, llegué a familiarizarme con sus costumbres.

Conviene probar de todo
para no ignorar de nada;
repetir de lo que gusta
y huír de lo que no agrada.

Este antiguo aforismo y la costumbre de abrir amablemente, como a una buena amiga, a toda emoción nueva que llame a mi puerta, me animaron una noche a debutar en los paraísos artificiales, ya que por otra parte me parecía incongruente asistir a unas sesiones de opio sin decidirme a probarlo.

Como también he juzgado siempre que se puede beber vino sin necesidad de embriagarse, gozar de las mujeres sin llegar al aniquilamiento y entregarse al juego sin provocar la ruina, pensé que podría conocer las delicias del opio sin enfangarme en él. El secreto de la vida es saborear el mayor número de emociones, pero sin confiarse a ellas por completo; dosificar prudentemente cuanto pueda hacernos dichosos, pero sin incurrir en el error de apasionarse por nada. Tomar de todo un poco no puede nunca ser perjudicial; guardar un equilibrio en las sensaciones, por opuestas y condenables que sean, no pueden provocar una catástrofe. Yo, así, creí que debía rasgar el velo de lo desconocido, y debuté en el opio,

seguro de que no me arrepentiría por mi audacia.

En efecto, advertí que la famosa droga me revelaba el encanto de un mundo adorable, de luces, de perfumes, de armonías y de sombras, gozado en medio de un enervamiento corporal semejante a la bienaventuranza. Mi fantasía era como un caballo desbocado corriendo hacia el precipicio, y yo la sentía alejarse de mí en un galope espantoso, anhelando insaciable un más allá que ni siquiera sospechaba.

Con una infantil impaciencia de saber, como la de esas gentes que nunca salieron del rincón nativo cuando escuchan a un desconocido que regresa de países remotos y extraordinarios, yo en aquellas noches memorables penetré, merced a la embriaguez del opio, en un reino de maravilla, deslumbrador como una narración de *Las mil y una noches,* un teatro de juegos de prestidigitación y escamoteo, donde todo era milagroso e inesperado; y contribuyeron grandemente a apasionarme por el opio los repetidos himnos de Carlos Monreal a la

célebre droga prestigiada por Baudelaire, en exaltados párrafos:

"¡Oh, el opio! ¡El amor prohibido! ¡El vicio color de rosa! ¡Esta justa, gentil y poderosa lluvia, que lo mismo sirve de calmante en el corazón del pobre que en el del rico! ¡Razón sublime que desarma la cólera más fuerte y talismán incomparable que devuelve a un desencantado las esperanzas muertas! ¡Voz implacable que convoca a los ensueños, la verdadera realidad de la Vida, y edifica con los materiales del cerebro ciudades más suntuosas que Babilonia y Nínive, con un arte más puro que el de Fidias y Praxiteles! ¡El opio es la llave del Paraíso, la puerta falsa por donde puede uno escaparse al dolor de la Vida y a la tristeza del Amor, y la única medicina que sirve para todas las dolencias del espíritu!"

Debo decir que el deseo invencible de renovar las voluptuosidades misteriosas y los febriles ensueños descubiertos merced al opio me indujeron a frecuentar con más entusiasmo del debido las reuniones nocturnas de Carlos Mon-

real, y en la silente semioscuridad de aquel estudio, donde tantos cultivadores del amor prohibido nos congregábamos, presencié el desfile de procesiones nuevas y magníficas, de personajes fabulosos, de animales desconocidos y de cosas extravagantes.

Jardines de maravilla en que triunfaban todas las sinfonías del color; palacios de cuentos de hadas decorados con toda la gama de las piedras preciosas; perfumes desvanecedores, armonías celestiales y cuanto pudiera deleitar a los sentidos acudía en torno mío al conjuro del opio.

El rey Midas convertía en oro cuanto tocaba, y de igual manera la droga oriental transformaba en realidades asombrosas los deseos más irrealizables. Bastaba que yo evocase el contorno de una mujer apetecida para que ésta se presentara dispuesta a complacerme, o que manifestase un capricho pueril para verlo satisfecho.

Lo más sensible es que al despertar sentía invariablemente una tristeza abrumadora. To-

dos los edificios y paisajes, todos los seres y cosas que la Realidad me mostraba, parecíanme pobres y ridículos comparados con los que yo entreveía en mis sueños de opio. ¿Para qué vivir en un mundo de fealdad y de injusticia, existiendo otro, todo belleza y equidad, cuyo umbral se franqueaba con un cigarro de opio? ¿Para qué soportar la imbecilidad y la perfidia humanas, pudiendo disfrutar de una calma espiritual arrobadora?

A medida que yo insistía en el amor prohibido, mi pasión por el opio se hacía más intensa. Indudablemente, hasta entonces no había gozado de una voluptuosidad de la medula comparable a la grata sensación que me producía el beso cálido y traidor del amable veneno, cuando todo lo que me rodeaba comenzaba a metamorfosearse y sobre un columpio invisible sentía el balanceo del vértigo.

Pero esta felicidad de la carne carecía de importancia junto al bienestar extático del alma. ¡Oh! ¡Sentirse de minuto en minuto cada vez más etéreo, menos carnal, más transpa-

rente! ¡Huír con el alma del cuerpo y de la Tierra, atravesando estados caóticos, para transportarme a un planeta extraordinario que la fantasía de un cerebro normal carece de potencia para adivinar ni descubrir! ¡Morir en vida y resucitar de la muerte para experimentar todos los goces del pensamiento delirante!

Porque cuando el opio nos clava sus uñas, arrebatándonos con su vuelo de pájaro, se siente la espantosa proximidad de la Inevitable a tal extremo, que el condenado con la cabeza bajo el tajo de la guillotina no ve la Muerte tan cerca como un fumador de opio. La Muerte penetra en los pulmones con el humo negro; pero al triunfar de ella, sobrevienen las oscilaciones, los éxtasis y todas las inefables locuras y los sublimes encantos de un Paraíso de artificio.

Sin embargo, para enseñanza de ignorantes, confesaré que al cabo de tres meses de mis desposorios con la droga asiática, percibí claramente una ligera alteración de mi sistema

nervioso, que empezó a preocuparme, pues debido a un constante y lamentable estado de sobreexcitación, los fenómenos más simples aparecían ante mí con caracteres monstruosos.

En el temblor de la hoja de un árbol, en el matiz de una rosa del parque, en el brillo de una estrella lejana, en el rumor de la lluvia, en los vagos olores de una calle abandonada o en la resbaladiza suavidad de la seda de mi almohada, hallaba yo motivo de inquietud.

Pasada mi *luna de miel* con el veneno chino, quedaba una existencia conyugal intolerable, con insomnios y pesadillas. Me sucedía lo que a un marido que, habiéndose casado con una novia seductora, la encontrara meses después, por efecto de las viruelas, desfigurada y antipática. Pero además, el opio me había encadenado en una forma tan traidora, que me impedía el libre desenvolvimiento de mi voluntad, pareciendo deleitarse en malograr mis planes y trabajos cuando el humo de la pipa no me rodeaba con sus gasas impalpables.

¡Horrible situación a la que vanamente trataba de evadirme! ¡Vivir en un abominable encantamiento, encerrado en un palacio de locura pacífica, sumergido en una abdicación definitiva de la voluntad!

El castigo a mi atrevimiento de gozar el amor prohibido había llegado a ser terrible, y aunque yo me proponía firmemente olvidar los aquelarres de Carlos Monreal, ninguna noche faltaba a su estudio; pero no a disfrutar de las primeras delicias, sino de unas visiones tétricas que deprimían mi ánimo y me causaban un agotamiento desastroso.

Mi obsesión por el opio me alejaba de mí mismo, y, aun comprendiendo el error en que voluntariamente me hundía, continuaba fumando, en la creencia de que toda la fantasmagoría fúnebre y magnífica, que venía acompañada de una angustia febril y melancólica, cesaría de torturarme, y aquellos abismos sin luz más allá de todas las siniestras profundidades serían sustituídos por las primitivas orgías de luces, de colores, de armonías y de perfumes.

III

Recuerdo que una noche, cuando la puerta se cerró tras el último adepto que llegaba, envuelto en su gabán de pieles, subido hasta los ojos y el perfume del opio reinó en el fumadero despóticamente, sacudiendo nuestros nervios como un fuerte latigazo, Julio Mayol, un contumaz espiritista, muy dado a comentar fenómenos de ultratumba, nos habló de fantasmas:

—Los fantasmas más espantables no son esos que vagan por los cementerios y se emboscan en la oscuridad de las calles para escalofriarnos con su repentina aparición.

Todos hemos visto fantasmas de esa clase,

especialmente los fumadores de opio, en noches de inquietud y sobresalto, cuando la droga, lejos de procurarnos su incomparable dicha extática, prefirió torturarnos con el Horror. Hay fantasmas inanimados, cien veces más terribles que éstos y que al menos a la sombra de un difunto o la conversación con un espíritu no me inquietan gran cosa, porque me son familiares. Además, ninguno osaría hacer nada contra un fumador de opio, porque saben que esta droga nos hace tan etéreos como ellos y que adivinamos su presencia bastante más rápidamente que ellos la nuestra. Yo estoy dotado de una sensibilidad tan extraordinaria para advertir la presencia de seres materiales o percibir la llegada de fluídos extraños, que me ha proporcionado momentos espantosos. Jamás la realidad, por angustiosa que haya sido, me ha acobardado tanto como la contemplación de uno de esos fantasmas imprevistos y extravagantes. Cuando yo era un muchacho de quince años, paseando en el Parque de Barcelona, oí una gran detonación que me obligó

a volver la cabeza. Sobre un banco de piedra, a veintitantos pasos de mí, un suicida agonizaba con el cráneo deshecho, conservando el revólver humeante entre las manos. La impresión que aquel hombre bañado en sangre me causara no fué muy agradable ciertamente; pero apenas duró en mi memoria el tiempo que tarda una flor en marchitarse. Sin embargo, a los diez días del suceso, hallándome dormido, creí escuchar nuevamente la misma detonación. Bruscamente me desperté, abrí los ojos alarmado, y flotando en el aire se ofreció ante mis ojos un revólver de colosales proporciones que despedía por su boca un humo gris y luminoso como la cola de un cometa. Aquel revólver gigantesco que yo tenía ante mis ojos, de perfil, implacable y siniestro, fué disminuyendo hasta adquirir un tamaño natural, y entonces comenzó a ladearse con suavidad hasta apuntarme de frente con su boca humeante. El revólver fantasma me causó más terror que me hubiera proporcionado la visión de algún monstruo fantástico en actitud agresiva, y su-

frí un desvanecimiento que me duró hasta el día siguiente.

Julio Mayol calló otra vez para cargar su tabaquera, y siguió hablando en la penumbra del estudio.

—Todos recordaréis la catástrofe del *Titán*, aquel famoso trasatlántico norteamericano que se hundió en los mares de hielo, hace cuatro años, por haber chocado contra un iceberg. Durante más de un mes, la Prensa del mundo entero nos horripiló con el relato del naufragio, que costó la vida a centenares de pasajeros, entre ellos algunos multimillonarios yanquis y varios aristócratas españoles. Confieso que yo fuí uno de los lectores que con mayor interés siguió las narraciones de la desgracia, saboreando en todos sus detalles la magnitud de la catástrofe. Aquellas escenas de tragedia y de locura, de luchas desesperadas por defender la vida y de sacrificios espeluznantes por burlar a la Muerte; aquella grandiosidad terrible del suceso me impresionó tan vivamente, que yo estaba seguro de que no se borraría

de mi imaginación con facilidad. En efecto, el año pasado, durante mi viaje a Nueva York en el *Olimpia,* experimenté, al llegar a los mares donde pereció el Titán, el momento más angustioso de mi vida. Estuve yo ese día encerrado en mi camarote, leyendo hasta las cuatro de la tarde; pero a esa hora la nostalgia del opio me hizo cargar la pipa y me dispuse a recrearme en los encantos del veneno de Oriente. Fumé con exceso; pero al caer la noche adquirí de repente la sospecha de que algo sobrenatural iba a manifestarse. En aquel instante observé que el opio cambiaba de gusto, tomando un sabor desagradable, y noté que la lámpara iba amortiguándose poco a poco. Seguí fumando, sin embargo; pero la sensación de miedo ante un peligro extraordinario que se acercaba fatalmente descompuso mi cerebro, entorpecido por la acción del opio. La certidumbre de ese *algo,* que yo sentía cada vez más próximo, me hizo levantarme, abrir la puerta del camarote y correr tambaleándome medio borracho de sueño hasta la cubierta.

donde no encontré a nadie. Después de cerciorarme de que me hallaba solo, y procurando convencerme a mí mismo de que ningún peligro real y serio me amenazaba, tendí la vista a mi alrededor y quedé sobrecogido. ¡Extraña y singular visión!... Bajo el manto sombrío de una noche sin luna y sin estrellas, sobre un agua encalmada y tan fosforecente, que semejaba un paño mortuorio constelado de pedrerías, flotaba un trasatlántico de apariencia espectral, cuya proa se hundía casi toda en el mar, y en cuya popa, levantada, se leían cinco letras fatídicas: TITAN. En el puente se hallaban mujeres ataviadas con sus batas de noche, hombres en pyjama, marineros con los rostros intensamente pálidos, y el capitán rodeado de oficiales. Pero lo más desconcertante era que el barco y sus tripulantes, que se movían inquietos de un lado para otro, tenían tal diafanidad y transparencia, que al través de ellos se seguían viendo fosforescer las olas.

De improviso, en el silencio de aquella no-

che lóbrega, llegó hasta mis oídos con cierta claridad la voz del capitán—una voz hueca y funeraria, como salida de un sepulcro—, anunciando el naufragio y ordenando a los pasajeros que se pusieran los salvavidas respectivos. Se dió la voz de: "¡las mujeres primero!", y un cordón de marineros y oficiales apartó a fuerza de puños a cuantos hombres intentaron quebrantar la consigna. Mientras una orquesta invisible desgranaba macabramente las notas de un vals frívolo, empezaron a descolgarse los botes del barco fantasma, que en seguida se deslizaban con su carga de mujeres y niños por las negras ondas, hasta desaparecer de mi vista. Al cabo de un momento el trasatlántico se hundió pausadamente con sacudidas ligerísimas y conservando una iluminación esplendorosa, sin explosión ni producir un remolino que arrastrase a los botes que huían con sus pasajeros.

Durante largo rato seguí oyendo el vals trágico de la orquesta invisible mezclado con los gritos de algunos náufragos que se mantenían

breves instantes a flote, prorrumpiendo en alaridos, comparables al sonar de las sirenas de los buques, y concluían hundiéndose en el abismo centelleante del mar.

Agobiado por el horror de aquella alucinación, me apoyé sobre la balaustrada para no caer al suelo y seguí con la vista fija en el agua transparente y encalmada, que relucía como un espejo. Respiré ansiosamente al ver que el trasatlántico fantasma había desaparecido; pero pasados diez minutos, sucedió una cosa horrible. Rompiendo la tranquilidad de aquel mar negro y brillante, surgió otra vez el casco del *Titán,* sin luces, con el puente destruído y las chimeneas destrozadas. A sus ventanas se asomaban calaveras amarillas, y sobre cubierta, varios esqueletos sin cabeza danzaban una horrible zarabanda al compás de la orquesta invisible. Pero esta vez el barco fantasma no se hundía, sino que erguía su proa, como huyendo del agua, y evolucionaba con vueltas vertiginosas ante mis ojos asombrados. Sin ruido alguno de su máquina, navegaba con gran velo-

cidad, describiendo curvas absurdas, como un pajarraco de pesadilla perdido en la negrura de aquella noche memorable. Pero de pronto, y como si hubiera sacudido por la violencia de un ciclón, el trasatlántico fantasma emprendió una marcha disparatada, rasgando las aguas con estridencia, y cuando estuvo a unos doscientos metros de mi vista giró sobre sí mismo y se volvió furioso contra el *Olimpia,* sin duda con la idea de embestirnos y estrellarse, causando nuestra muerte.

Mi espanto llegó al máximum y, enloquecido, delirante, cuando ya le vi a pocos metros del *Olimpia,* emprendí el regreso a mi camarote con la celeridad del rayo. Sentí un golpe fortísimo, como si hubiéramos sido ya víctimas del choque con el buque fantasma; la lámpara de mi camarote se apagó definitivamente, y caí sobre mi cama desmayado por el miedo y entumecido por el opio.

Julio Mayol dió por concluída su narración para cargar su pipa cantonesa, en cuyo tubo se enrollaban hierbas, hojas y flores, y entre

la densa humareda de opio, que envolvió como una gasa negra e impalpable el estudio de Carlos Monreal, sólo iluminado por el débil resplandor de un quinqué japonés colocado en un extremo del salón, Blanca se levantó de su diván, proponiendo que evocásemos a los espíritus. Su almita de chiquilla atrevida y curiosa deseaba aquella noche hipnotizarse de pavor. Beni aplaudió animadamente, y lo mismo Eva, ambas entusiasmadas con la idea de volver a oir los crujidos secos y extravagantes de la mesa, que preceden a la manifestación del espíritu invocado, y al joven desconocido que debutaba como sacerdote de los misterios de nuestra religión, también le pareció de perlas el capricho de Blanquita. En cuanto a Gaby Deslys, que cada noche necesitaba un frasco lleno de éter sulfúrico—lo cual no le impedía fumar en seguida sus quince pipas—, no le fué posible prestar su asentimiento porque yacía dos veces embriagada de éter y de opio entre los almohadones de un sillón Renacimiento, mostrando us dientes blanquísimos bajo el arco encendido

de una dulce sonrisa y con los ojos entornados, reveladores de un éxtasis supremo.

Yo propuse invocar el espíritu de Inés Sorel, cuyo retrato acababa de ver en un libro de horas de su época pintado por Fouquet, abierto casualmente sobre una vitrina Imperio, y Eva Camacho, ingenua, preguntó:

—¿Inés Sorel? ¿Y quién fué esa señorita?

Mientras Julio Mayol se colocaba el traje de payaso, amarillo y azul, que utilizaba para estos casos, persuadido de que favorece las prácticas espiritistas, Carlos Monreal reveló a Eva:

—El rey Carlos VII, de Francia, hombre muy taciturno y de inquieto carácter, distraía su aburrimiento y su melancolía viajando incesantemente de un punto a otro. En 1444 se le ocurrió visitar Nancy, la corte de Lorena, donde fué recibido por la reina Isabel de Sicilia con grandes honores y agasajos.

Entre las damas de la corte que formaban el decamerón literario de la reina, figuraba una

joven admirable y admirada, de singular modestia—no obstante la nobleza de su origen—, de ingenio peregrino y de belleza insuperable. Según las viejas crónicas, "sus cejas eran de curva fina y suave, cual el vuelo de un pájaro; sus dientes semejaban perlas orientales, y su sonrisa poseía todo el encanto y la frescura del amanecer". Era alta, gallarda y bien formada de busto, a tal extremo, que por lucir sus hombros estatuarios, estableció la moda de los escotes osados. Además componía versos como el más inspirado de los trovadores, cantaba igual que el ruiseñor enamorado de la rosa, y pintaba con gracia y distinción que fascinaba. Aquella criatura de maravilla, seductora con el doble atractivo de sus veinte años, era Inés Sorel.

"Cuando la conoció el rey Carlos VII, contaba ya éste cuarenta y tantos años, edad muy peligrosa para ciertos encuentros. Y el peligro para él era mayor, pues llevaba casado cuatro lustros con María de Anjou, mujer hosca y vulgar, eternamente triste, y maltratada

sin respeto por la Naturaleza. En tales condiciones, se concibe que el maduro monarca se impresionara vivamente al contemplar de cerca a Inés Sorel. Por su belleza y talento, el rey huraño y cuarentón se sintió alegre y juvenil, exteriorizándose su satisfacción en un hecho corriente en aquel tiempo: por orden real la gentilísima doncella quedó nombrada dama de honor de María de Anjou, pasando a constituír el ornamento más valioso de una corte en que las bellas artes disfrutaban de grandes preeminencias, y donde ya triunfaban la inteligencia y la hermosura de Ana Filleul, Prejenta de Melún y Margarita de Escocia, esta última casada con el Delfín de Francia.

"Inés Sorel tenía la sonrisa más bella con que es posible soñar en este mundo, y por esta sonrisa en Roma hubiera compartido el Trono con Adriano. En Francia le ayudó a ser la favorita del rey Carlos. Pero ella no correspondió inmediatamente a la pasión del Monarca. Dotada de un espíritu frío y calculador, Inés Sorel comprendió desde el primer instante que

una bien estudiada resistencia avivaría más la llama del amor de su regio galán, y, en efecto, su táctica amorosa contribuyó a aumentar su influencia personal sobre el ánimo del Rey. Durante el viaje de Nancy a Turena, que fué demasiado largo, pues el estado de salud delicadísimo de María de Anjou obligaba a la Corte a detenerse días y aun semanas en los castillos encontrados al paso, fué preciso hacer alto en el de Rasilly, donde tuvo comienzo la privanza de la hechicera Inés. Reconocióseía oficialmente como favorita del monarca; tuvo su servidumbre y su camarilla de cortesanos, y para que nadie dudase de la regia protección, Carlos VII otorgó varias cartas reales concediendo a la noble doncella vastísimos dominios, entre los cuales figuraba, por curiosa coincidencia, el de Beauté-sur-Marne, próximo al castillo real de Vicennes.

"Aquella resistencia concluyó, para tranquilidad de Carlos VII, y por espacio de seis años Inés Sorel fué la verdadera reina de Francia,

demostrando, por cierto, ser una directora habilísima de los negocios públicos, diplomática consumada y bastante más superior de inteligencia que algunos avispados magnates de la Corte.

"Inés Sorel dió tres bastardos al monarca francés; mas, sin embargo, y a pesar de que su idilio no lo ignoraba nadie, le obligaba encarnizadamente a guardar las conveniencias sociales, poniendo en sus entrevistas nocturnas una nota romántica, con algo de misterio, que enloquecía al Rey Carlos. Cuando la Corte estaba de jornada en el castillo de Melún, la Sorel residía en su palacio de Bois-Brousseau, no muy distante de la regia posesión, y llegada la noche, la marrullera favorita, imitando los procedimientos de Hero, la sacerdotisa griega, encendía una hoguera en uno de los torreones de su morada, y a esta señal, que se divisaba desde las almenas de Melún, el Rey ceñíase la espada, se emboscaba en la capa y, cual nuevo Leandro, se dirigía al castillo donde le aguardaba Inés. En cambio, ante la Cor-

te aparecían fríos y reservados, saludándose ceremoniosamente. En público, el Rey Carlos trataba a la Sorel con gran despego, dejándola a veces con la palabra en la boca, en medio del estupor de los cortesanos, que veían en los regios desaires el principio de la ruptura. Pero al siguiente día, nuevos favores del Monarca hacia su protegida evidenciaban que ésta continuaba poseyendo el corazón de su amante.

"Inés Sorel murió en 1450, a los veintiséis años, causando con su muerte la desesperación de Carlos VII, que la mandó erigir un mausoleo magnífico en la Abadía de Loches, sobre el cual descollaba la estatua yacente de la favorita tan deseada y amada, revestida con traje de duquesa, brial orlado de armiño y dalmática. La Corte guardó luto seis semanas, y el cadáver fué recibido por el clero de Loches con la misma solemnidad que si se hubiera tratado de una soberana, y fué guardado como una reliquia durante más de dos siglos en la Abadía aquel precioso cuerpo que tan notable predominio ejerció sobre el rey Carlos VII. Pero

al efectuarse en 1777 la exhumación de los restos de Inés, con motivo de ser trasladado el sepulcro a otro sitio, se vió que de toda aquella maravillosa belleza no quedaba sino la mandíbula inferior con sus dientes completos —unos dientes iguales y menudos—, y una mata de cabellos rubios y sedosos: todo lo demás se había convertido en polvo. ¡Aquellos dientes y aquellos cabellos era todo lo que restaba en la tumba de la exquisita favorita del Rey Carlos, cuyo espíritu invocaremos!"—concluyó Monreal, dejando satisfecha la curiosidad de Eva Camacho.

Julio Mayol, que ya se había puesto su traje de payaso, nos colocó en torno de una mesa de tres pies a Carlos Monreal, a Blanca, a la Camacho y a mí; apagamos la luz y todos permanecimos con él largo rato silenciosos, rozando apenas con los dedos el borde del tablero entre las sombras del estudio, únicamente iluminado por la luz violeta de la luna que penetraba por los cristales del balcón, bañando con su claridad el cuerpo inmóvil de Gaby Deslys, la

célebre ex amante del Rey de Portugal, que prestigiaba la reunión. Pero algo sucedía, porque la mesa continuaba inerte, sin promover el menor ruido, y a las llamadas de Mayol no acudía el espíritu indicando su presencia con esos golpes tímidos y secos que hacen estremecer de inquietud a las personas que asisten por primera vez a una sesión de espiritismo. Sin duda, habíamos fumado ya bastante opio, y con el opio no hay mesa que gire. Por el tono de voz de los presentes, gutural y apagado, se adivinaban sus cabezas casi vencidas por la amable droga, y hasta yo mismo me encontraba dominado por las azules espirales de mi pipa.

Mas de improviso, cuando todos nos hallábamos desprevenidos, sucedió la eterna cosa absurda: la temperatura del salón convirtióse repentinamente en glacial, nuestros nervios sufrieron una sacudida intensa, la mesa cayó al suelo con estrépito, volviéndose a levantar ella sola rápidamente, y todos,

asustados, nos refugiamos en un extremo de la estancia, temblando convulsivamente.

Gaby Deslys se había erguido con flexibilidad—cosa extraña, porque un segundo antes el opio y el éter la tenían paralizada totalmente—, y a la luz de la luna sonreía dulcemente con los ojos inmóviles y claros, de muerta enamorada. Ya no estaba *dormida,* sino muy *despierta,* y su silueta había cambiado por completo. Ahora diríase que se había metamorfoseado en otra mujer distinta, altiva y casta, con un algo regio en su figura gallarda, bien contorneada de busto. Mirándola detenidamente se advertía la ostensible variación de su traje. Sobre los hombros desnudos, Gaby Deslys lucía un manto de duquesa, con brial orlado de armiño y dalmática. Y causando el estupor de los fumadores, exclamó tenuemente con voz de monja:

—¿Qué me queréis, decidme?

Julio Mayol, endurecido por las pipas fumadas, contestó sin turbarse, recobrando el dominio de sus nervios:

—No te llamábamos a ti. ¡Sigue durmiendo!

Pero Gaby Deslys insistió, conservando su tono monacal y avanzando unos pasos para colocarse en la sombra:

—¡Yo soy Inés Sorel! ¿Acaso no me reconocéis?

Luego, con voz de muerta que cantara, llegó a sobrecogernos, narrándonos una historia terrible, oculta por el polvo de los siglos, que ella removía serenamente, con sus miradas luminosas, perdidas en las nostalgias de una época lejana:

—Yo he sido—dijo—la mujer que más amó al Rey Carlos y la que más traidoramente le engañó. Todas las noches, cuando él salía de mi alcoba, hacía yo entrar en ella, disfrazado de camarista, a Raúl de la Marche, caballero de la Corte muy joven y gentil, que jamás, en los cuatro años que fué mi amante, cometió la menor imprudencia. Yo distraía la atención de mis enemigos coqueteando con Enrique Chevalier, otro cortesano de la camarilla del Rey, para que no espiasen a Raúl, y ocupados

mis detractores en perseguir a Chevalier, descuidaban la vigilancia de Raúl, que era lo interesante. Así, mientras mis enemigos corrían tras Enrique a casa de Fouquet, sorprendiendo el retrato mío que, por encargo suyo, hizo el pintor con destino a la iglesia de Nuestra Señora de Melún, yo permanecía en mi gabinete, encerrada en la amable compañía de mi hermoso Raúl. Enrique Chevelier me tuvo en sus libros de horas; pero Raúl de la Marche, más afortunado, me tuvo entre sus brazos.

"El Rey Carlos, confiado en mi fidelidad e ignorante de mi perfidia, no se mostró celoso ni un instante, rechazando con entereza las insidias que contra mí se levantaron, como las del maldiciente Chastelain, hombre de mala lengua, que hizo creer a algunos cortesanos que yo había sido amante del Delfín antes de convertirme en la favorita de su padre; pero si el Rey no era celoso, Raúl lo era a tal punto, que consiguió tornarme en la más infeliz de las mujeres. Un cambio de miradas con algún cortesano o una sonrisa dedicada al caballe-

ro que se inclinaba ante mí en las galerías de Palacio, le ofuscaba de tal manera, que a veces, en la soledad de mi alcoba, temía yo ser víctima de su creciente arrebato. Pero, singularmente, quien más le enfurecía era el Rey Carlos. De rodillas me suplicaba que me excusara ante el Monarca, y cuando yo trataba de hacerle comprender lo absurdo de su pretensión, se excitaba y amenazaba con matarnos al Rey y a mí. Su locura aumentaba tan lamentablemente, que tuve que pensar en terminar aquellas relaciones, que podían ocasionar mi ruina y mi desgracia. Le indiqué que el Rey Carlos sospechaba que yo no le era fiel, exponiéndole la conveniencia de suspender nuestras entrevistas por una corta temporada. Raúl se puso lívido, me increpó airadamente, y en tonos de firmeza me anunció su propósito de envenenar al Rey. Yo le exigí calma y resignación, y traté una vez más de convencerle de su terrible insensatez; pero él, loco de celos y de amor, salió del gabinete dispuesto a preparar el regicidio. En efecto, una semana

transcurrida de aquella escena borrascosa, el Rey pidió que le sirvieran un refresco, y vi a Raúl salir de la cámara regia a hacer cumplir la orden. Por la mirada de sus ojos exaltados adiviné en aquel momento que mi amante iba a aprovechar la ocasión para administrar un tósigo al Monarca, y decidida a malograr sus planes, sacrifiqué mi vida para salvar la del Rey. Cuando vino un criado con la copa llena de agua azucarada, alargué yo la mano, y haciendo un gesto de graciosa impertinencia, acerqué el líquido a mis labios y apuré hasta la última gota. Raúl de la Marche palideció, sin atreverse a impedirme que bebiera el refresco destinado al Monarca, por miedo a descubrirse... Y ocho días después fallecía yo misteriosamente, víctima de la cobardía de mi amante, y Raúl, arrepentido, se recluía en un convento. El secreto de aquella inesperada y rápida tragedia bajó conmigo a la tumba y pereció con mi amante en el claustro, creyendo todos que mi muerte había sido motivada por la influencia maligna de algún

sortilogio provocado por el Delfín, mi enemigo irreconciliable... Y ahora decidme—terminó aquella criatura con su voz latina, que salmodiaba lentamente como si pronunciase responsos litúrgicos—: ¿qué deseáis de mí?..."

Su blanca faz enrojeció como la luna en noches de tormenta, y apoyada la espalda contra la pared, con los codos en cruz y las manos entrelazadas por detrás de la nuca, erguida y centelleante como una espada sobre una piel de leopardo, la fumadora insistió, bajando el tono de su voz hasta simular un cuchicheo solemne de confesonario:

—Yo soy Inés Sorel. ¿Acaso no me reconocéis?

Aquella insistente afirmación nos escalofrió a todos, y más aun al advertir que la silueta de Gaby Deslys se sutilizaba por segundos, hasta transformarse en un espectro blanco, vaporoso y transparente, y que el estudio se impregnaba en un perfume de ultratumba, que triunfaba del olor característico del opio.

Julio Mayol, con gran intrepidez, se acercó

a Gaby Deslys, cuyos cabellos rubios ondulaban como una gasa de oro sobre el fondo granate de un tapiz, y aproximándose a ella hasta rozar con sus manos su figura fantasmal, mirando aquellos ojos claros que no pestañeaban, le lanzó una bocanada de humo en la cara.

Gaby Deslys no se movió; pero inmediatamente se cerraron sus párpados, acabó de perder la humana consistencia, y pronto desapareció de nuestra vista. Unicamente a la altura del rostro se distinguieron su mandíbula inferior con los dientes completos, iguales y desnudos, y una mata de cabellos rubios y sedosos. ¡Todo lo demás de Gaby Deslys se había esfumado como una quimera!...

Eva dejó escapar un grito de terror, y Blanquita, alarmada, encendió todas las luces del estudio. Caída en el suelo como un fantoche a quien hubiesen cortado los hilos de repente, la Deslys yacía con blancura de mármol, agitado su cuerpo por ligeros estremecimientos. Al cabo de un minuto, sus ojos se entreabrieron,

movióse torpemente y de su boca lívida salió *otra voz* balbuciente, ronca por la embriaguez:

—¡Dios mío! ¡Qué frío hace! ¿Queréis darme mi pipa y mi abrigo de pieles? ¡Estoy tiritando como si acabara de salir de una tumba!...

Y era verdad. Hacía un frío extraordinario, como si estuviésemos en un panteón, que nos obligó a recurrir a las capas.

Todos nos colocamos en nuestros divanes respectivos, sin pensar en volver a llamar a los espíritus, y, por supuesto, lejos de la Deslys, que tomaba la pipa que le tendió Carlos Monreal, después de haber hundido Julio Mayol en la tabaquera la bolita morena que se adhería a la aguja, y poco tiempo después nos pusimos a soñar hasta el día siguiente.

Por la mañana, al recordar aquella hora inquietante, pregunté a Blanquita si no habría sido yo víctima de una alucinación, porque el opio hace ver cosas maravillosas. Pero lo que me hizo dudar fué que también Blanca aseguraba haber visto el espectro de Inés Sorel, y

se estremecía aún recordando el timbre de su voz, profunda y gutural, de "muerta que cantara", y aquella mandíbula inferior con sus dientes de nácar, iguales y menudos, y la cabellera de oro que durante unos segundos vimos flotar sobre los cortinajes del estudio de Carlos Monreal.

IV

Cierto día me vi agradablemente sorprendido por la llegada de María Antonia, una amiga deliciosa que reside en la Ciudad Condal, y que en cualquiera de sus frecuentes viajes a la Corte no deja de venir, sin avisarme, a casa.

María Antonia experimenta una inocente voluptuosidad interrumpiendo mi trabajo cuando estoy más afanoso en él, y la colma de júbilo mi inevitable sonrisa de estupor cada vez que al abrirse la puerta de mi despacho inesperadamente aparece ella, radiante de belleza y juventud.

María Antonia es una muñequita que a los veinticuatro años aun conserva un aspecto cándido e infantil, como si el Tiempo se hubiera

detenido amablemente ante su frágil hermosura, y sigue siendo una adolescente de palidez aristocrática y señoril afectación, como aquellas marquesas que los Fouquier Tinville, sedientos de lujuria y de barbarie, enviaban a la guillotina en la época del Terror.

La Vida ha castigado a mi amiga, convirtiéndola de una señorita honorable en una flor galante, costosa y venerada, célebre en Barcelona por su talento y atractivos. Ella ha sabido hacerse respetar después de la caída, y en su existencia, condenada por la moral al uso, no encontraríamos, sin embargo, nada censurable. Si la fatalidad la obligó a manchar el apellido de una familia honrada, ella tuvo el talento de apartarse de ella, sin que por esto incurriese en el pecado de alternar con las profesionales de la galantería.

Todo el mal de su falta cayó sobre ella misma; pero su inteligencia la libró de esas humillaciones consiguientes a toda señorita decente que pierde su categoría de mujer respetable para ser una encopetada entretenida.

Nuestra amistad es puramente literaria; yo admiro en ella lo que tiene de inquietud espiritual, y ella aprecia de mí eso que no llega al gran público, porque es fragancia personal y tan íntima que no puede confiarse al primero que lo pretenda.

María Antonia y yo somos los mejores amigos, sin que hayamos pensado, ¡qué locura!, en perturbar la armonía de nuestra comunión espiritual con las desacreditadas groserías de la carne. Ella me cuenta lealmente sus desmayos y sus vacilaciones, todos los episodios de su existencia novelesca y morbosa, en los cuales el Vicio, la Civilización y el Ocio han tejido una interesante maraña. Difícilmente podría yo citar otra amiga tan comprensiva y con una serenidad tan indulgente y noble para juzgar las cosas, ni otra que, viviendo al margen de la moral, se situase, no obstante, en un plano tan recto.

María Antonia, que se burla de los prejuicios, vive pendiente de ellos, y a pesar de su ca-

careada independencia, es la esclava de su propio convencionalismo.

Aquella tarde su presencia me hizo dejar la pluma y las cuartillas para estrechar sus manos finas y ensortijadas.

—¡Hola, preciosidad! ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana en el expreso. Estaré aquí unos días.

Venía arrebujada en sus pieles de marta como una gata frioiera, y bajo el diminuto sombrerito de terciopelo negro, coronado de *aigrettes,* brillaba el verde alucinante de los ojos de ofidio y el carmín de los labios. Frágil y pequeñita, exageradamente perfumada con *Claveles* de Houbigant, Marina se empinaba sobre sus taconcitos, curioseando mis retratos de Raquel Meller, Chelito, Merceditas Serós, Eduardo Zamacois, Blasco Ibáñez y Joselito, hasta que, fatigada de repasar dedicatorias, se lanzó sobre mis cuartillas:

—¿Qué escribías?

—Hacía versos.

—No sabía que fueses poeta.

—Yo tampoco. Pero estoy preparando un volumen que se titulará *Horas líricas y arbitrarias.*

—¿Quieres leerme algunas composiciones?

—¿Por qué no? Aquí tienes la que servirá de introito.

En seguida, con voz velada, leí a Marina, mientras ella encendía un cigarrillo turco:

PRIMERAMENTE...

Soy de lo más hermoso que ha venido a este [mundo,
y, sin embargo..., ¿qué?
El dinero que gano no me aporta la dicha,
ni la Gloria me trae la ilusión que soñé.
Porque todo lo tengo, nada tengo en total,
pues entre tantas cosas,
me falta el Ideal...
Juventud y Dinero... Talento y Simpatía...
¡Y el rayito de luna tan lejos todavía!...
Me aburro lindamente...
Todo lo encuentro igual...
Mi vida complicada me parece banal...
Y los triunfos de artista, los éxitos galantes,

por repetirse tanto,
llegan a ser cargantes.
Quiero matar mi *splin* haciendo poesías,
y ver si me consuelo diciendo tonterías.
Voy a hacer ultraísmo,
por lo cómodo que es
rimar plato sopero
con farol japonés,
afirmando que he visto tranvías pederastas,
cacerolas altivas, gatos iconoclastas
y espíritus malignos que hacen bailar el fox
a mesas de tres patas, cual si tuvieran dos.
Anhelo dar salida a mis incongruencias
y distraer mi tedio
escribiendo indecencias.
Y sería gracioso que al llegar al final
me dijera la crítica: "¡No está del todo mal!"

María Antonia rompió a reír estrepitosamente, y yo, muy serio, proseguí:

—Ahora vas a decirme qué te parece esto. Lo titulo

INTUICION...

Hoy las dos tobilleras se han acostado juntas
porque se van al campo mañana, de excursión,

y al cruzar, friolera, sus piernas en el lecho,
experimentan ambas una rara emoción.
—¡Si tú fueras Enrique!
—¡Pues si tú fueras Carlos!
—¡Te besaría mucho!
—¡Te mordería así!
Estrechan más el lazo perverso que las une,
y se acoplan sus cuerpos con loco frenesí.
En el silencio oscuro de la fragante alcoba
cométese un pecado estéril y banal,
y por la travesura diabólica y celeste
aparece el rocío de la aurora sensual.

—¿Sabes lo que estoy pensando?—exclamó María Antonia sentándose en el suelo, junto a la chimenea, sobre unos almohadones.

—Tú dirás.

—Que como todas las composiciones sean por el estilo, vas a resultar más amoral como poeta que como novelista.

Luego, cambiando radicalmente de tema con esa facilidad que la caracteriza, prosiguió:

—Chiquillo, estoy desesperada.

—¿Qué te ocurre?

—Que al hacer las maletas me he distraído

y me he dejado en Barcelona mi provisión de cocaína.

—Pero ¿tú tomas *eso?*

—Sí, chico; por desgracia.

—Y ¿desde cuándo?

—Desde hace poco tiempo. Fué una diablura de una amiga mía y de su novio; pero me he acostumbrado de tal forma, que como me falte, me pongo a morir.

Había sacado de su bolso de piel una diminuta cajita de plata cincelada, y tomando con la punta de sus dedos rosados un poco de *cocó,* aspiró lánguidamente como si pretendiera saborear en toda su importancia el terrible veneno.

—Ya ves: ¡no me queda más que este poco, y aquí en Madrid no conozco a nadie que pueda proporcionármela! Por que tú no tomarás cocaína, ¿verdad?

—¿Yo? De ninguna manera. Prefiero los bifteces con patatas.

No me atreví a confesarla mi asistencia a los aquelarres de Monreal, ni menos mi ence-

nagamiento en el opio, porque me pareció que ocultándola aquel pecado mío, podía reprocharle más severamente su pasión por la cocaína.

—Pues..., chica..., aquí en Madrid te va a ser muy difícil hacerte con *cocó*, porque eso está muy perseguido. Ya han metido en la cárcel a más de cuatro por expenderla. Y el que más y el que menos, no quiere compromisos.

—¿No querrás hacerme creer que nadie toma cocaína en Madrid?

—Desde luego. Pero ignoro cómo se la procuran.

—Pues yo estoy aburrida. Y como tú no me la agencies, las voy a pasar negras. Y lo más curioso es que estoy alojada en casa de unas amigas muy serias, que ni siquiera saben que la tomo.

—¿Y tu amigo?

—Le dejé en Barcelona. Hemos peleado para siempre, y aquí me tienes decidida a distraerme unos días. Creo que él también se ha marchado a París a divertirse.

—¡Bonita manera de romper un idilio trascendental como el vuestro!

—¡La vida es así!...

Hubo una corta pausa, que María aprovechó para quitarse su sombrero y yo para salir en busca de unas copas de Curaçao, y en seguida ella preguntó:

—¿Quién es esa muchacha tan bonita que tienes retratada de frac sobre la pianola?

—¿No la conoces? Teresita Saavedra. ¡La mujer que perdió su sexo!

—A ver, explícame eso.

—Antes de estrenarse *El Príncipe Carnaval,* Teresita Saavedra era una de tantas chicas guapas y confortables que José Juan Cadenas ofrece diariamente a la voracidad pública desde los escenarios que regenta. La Saavedra no tenía otra personalidad que la de mujer bonita, cosa que en el teatro Reina Victoria nunca ha tenido importancia, y sus encantos resultaban tan impersonales como los de Paquita Torres, la Lledó, las Pinillos...

Pero a aquella muchacha gentil, linda y

simpática, que pasaba elegantemente inadvertida, cúpole la suerte de estrenar el papel de Príncipe en la revista, y su aparición en escena, vestida de muchacho con una propiedad verdaderamente admirable, despertó en las imaginaciones de los buscadores de emociones perversas un interés malsano.

Durante quinientas noches la Saavedra ha prescindido de sus gracias femeninas para convertirse en un apetitoso chico guapo, despertador de confusos anhelos voluptuosos, que hacen temblar nuestra alma de agradable pavor. La Saavedra, al cambiar de sexo, ha centuplicado su fuerza sugestiva, y ahora es diabólicamente provocativa con su aire de gigolo ambiguo, inspirador de morbosos caprichos.

¿Quién no ha sentido el deseo enfermizo de coger a aquel chico tan mono para besarlo en los ojos y comerse sus labios, acariciarle dulcemente, sin despojarle de sus ropas, y darle unos azotes y unos pellizcos en los muslos?

Contemplando a Teresita en *El Príncipe Carnaval* la sensualidad se extravía y se aviva

en nosotros una sed de hipotéticas lujurias, de pretensiones arbitrarias tocadas de literatura y de perversidad.

Yo he oído confesar a un hombre *muy hombre* que su mayor placer sería incautarse de la Saavedra al acabar el tercer acto de *El Príncipe Carnaval,* y perpetrar con ella ante las majestuosas barbas del respetable público una deliciosa fechoría, para la cual tendría suficiente con desabrochar cuatro botones.

Sería un colosal final del acto, que calmaría esa fiebre culpable que provoca en algunos espectadores la presencia de este príncipe de camelo. Los que sufren el veneno de la lujuria complicada, los que aman el perfume de los placeres exquisitos y editan en su imaginación adorables monstruosidades en que ella desempeña el papel de protagonista, la codician, no por sus atractivos femeninos, sino por ese encanto de adolescente ambiguo que también sobreexcita a las féminas locas. Porque también conozco a una mujer *muy mujer* que delante de su marido exclamó cierta no-

che en el Reina Victoria: —¡*La verdad es que ese Príncipe haría conmigo lo que quisiera!*

En las últimas reformas de *El Príncipe se casa,* José Juan Cadenas hacía cruzar el patio de butacas a seis bonitas tiples vestidas de muchachos; pero las seis seguían *siendo mujeres,* a pesar de los pantalones, el frac y la chistera, y no tenían ese aspecto de machito joven que ha cimentado el gran prestigio de la Saavedra entre los buscadores de emociones prohibidas.

Cuando ella está entre bastidores, se siente la obsesión de que quizá en aquel momento esté besando a alguna compañera o recurriendo a su bastón como un sustitutivo a lo único que le falta para ser el más confortable de los muchachos.

Yo alguna vez he pensado si cuando la Saavedra recupera sus atavíos femeninos no parecerá un chico disfrazado de mujer, porque a fuerza de vestir la indumentaria masculina y de apasionarse por la ficción, la Saavedra ha perdido algo de su sexo, como Egmont de

Briés ha perdido algo del suyo, de tanto llevar faldas.

Y ahora que te he hablado bastante de la Saavedra—dije acariciando la dorada cabeza de María, peinada a lo garzón—, háblame un poco de ti misma.

—¡Yo no tengo casi nada que contarte! Al agonizar este año hice, como de costumbre, inventario y balance financiero y sentimental, y por lo que al primero respecta, te diré que si en el *debe,* por fortuna, no figura ninguna cantidad, en el *haber* puedo acusar cien mil pesetas.

Por desgracia, el balance sentimental es un fracaso, ya que entre el *debe* y el *haber* no hay déficit, sino una estafa tan injusta, que en vez de indignarme, me colma de filosofía.

En cuanto a *mis hechos* o sentimientos se refiere, que yo sepa, conscientemente no tengo *nada* que reprocharme; pero en los demás tengo que censurar *tanto,* que mis acciones, seguramente por el contraste, han aumentado espiritualmente su valor. Y te advierto que yo,

indulgente con los actos ajenos—tal vez porque no me importan—, soy muy intransigente con los míos, y la primera en criticarlos.

Así es que, englobadas las fechorías de quienes me interesan, he sumado tantas cosas desagradables: disgustos, frivolidades, estupideces e incongruencias, que, después del natural estupor, me han producido un asquito máximo.

Esto es lo que me ha inducido a adoptar la resolución de encerrarme, más herméticamente que nunca, en mi torre de marfil, para no prodigar estérilmente mi amistad y mi afecto a quien no lo merece; y claro que esta determinación no reza contigo, porque tú eres la excepción, y ya sabes la causa: tú eres para mí como una válvula de seguridad por donde doy escape a todas las ideas que bullen en mi cabeza, capaces de destrozar los nervios más equilibrados. Seguirás siendo, pues, mi confidente epistolar, y cuando venga a Madrid seguiré favoreciéndote con mis visitas inesperadas.

—Amén.

—Déjame continuar. Mis cosas, mis preocupaciones y toda mi vida interna, tan insignificante para los demás, son para mí tan importantes, que yo, buenas o malas, las estimo y me parecería prostituirlas descubriéndolas o colocándolas en el trance de ser torcidamente interpretadas por quienes tampoco podrían remediarlas.

No creas que por estupidez o soberbia intento sentar plaza de perfecta ni me juzgo un mirlo blanco; ya sé que tengo muchos defectos; pero poseo la convicción de que a nobleza y lealtad nadie iguala mis sentimientos; por eso me exasperan las *porquerías* y las incongruencias, si quien me las hace es una persona que se titula amiga.

Decididamente, hay quien vive en el absurdo como el pez en el agua; pero yo, que sin sentir egoísmo, lo disculpo por encontrarlo humano, no acepto que él autorice a ser canalla. Excuso decirte el desencanto y pesimismo que me dominan en este ambiente, que no es

el mío, y la atroz amargura, quizá exagerada por mí en un exceso de sensibilidad, comprobando la cobardía y la ruindad ajenas, mi sorda irritación frente a ciertas cosas a las cuales la gente no suele conceder trascendencia.

Quise a un hombre, tú bien lo sabes, como se quiere cuando se ama de verdad, con pasión y fidelidad, y a pesar de haberme portado como una santa, según él mismo me calificó, nuestra aventura ha terminado sin que él haya sentido el más leve remordimiento.

¡Cuatro años de mi vida perdidos y borrados de un zarpazo, con cuanto puse en ellos, a la menor contrariedad! ¡Esta ha sido la recompensa que ha merecido mi conducta y aquel amor, que era la única justificación de mi vida!

Sin embargo, él ha preferido a otra mujer, la que habría elegido para madre de sus hijos—¡hoy los tiene de otro!—; justifica en éstos la injuria que nadie perdona y les priva de lo más sagrado en su vida: ¡el culto a su madre!

Esta mujer es ahora su querida, a pesar de que es madre, nombre que redime tantas veces a la mujer más perdida; pero nombre que ella envilece al privarme del hombre que me era tan querido. ¡Te cuento esto para que te imagines lo que yo habré sufrido!

Y para colmo, cierta amiga, la más íntima, la que aun se permite hacer protestas de cariño incondicional, intentó ofenderme y causarme un perjuicio escudándose en esa amistad que traicionaba.

En fin..., ¡te contaría tantas cosas, que no te extrañaría esta terrible neurastenia que ha empezado a aquejarme! Entre unos y otros me enloquecen y me abruman.

De suerte que si a los sinsabores y preocupaciones que se sufren en la lucha material por la vida les restas los encantos que puede tener y les añades falta de salud, comprenderás fácilmente que estas lamentaciones no son pura literatura, y que me sobra la razón para huír de la gente estúpida y perversa y buscar en la cocaína un consuelo a mi desventura.

Me dirás que la vida ofrece margen para otras expansiones, como la satisfacción del instinto sensual, cosa complicadísima e interesante; pero, chico, yo soy una criatura incapaz de encontrar en el goce físico una medicina para los males del espíritu. El acto sexual me repugna si no lo sanciona el cerebro; darme a un hombre sin que esto sea una exigencia del corazón representaría para mí un suplicio. A los deleites materiales prefiero los espirituales. Por eso la *cocó* contribuye a aliviar mis infortunios. Con ella olvido..., ya que he perdonado...

Y al acabar mi amiga de expresarse, en sus verdes pupilas de serpiente destelló la melancolía su fulgor inequívoco, y dos furtivas lágrimas corrieron por su rostro de muñeca de esmalte.

V

La estancia de María Antonia me apartó durante una semana de la amistad de Carlos Monreal y cesaron mis visitas a su estudio, para suerte mía.

Yo, que reconocía la conveniencia de alejarme de aquel ambiente malsano, me aferraba a mi amiga tercamente y procuraba acompañarla a paseos y teatros para, distrayéndome a su lado, no pensar en los aquelarres del opio.

Algunas tardes las pasábamos juntos en mi casa, y mientras yo pintaba figurines para Thiele, ella tocaba la pianola o, sentada a mi lado, se entretenía en inspirarme combinaciones de colores.

Aunque la falta de cocaína la hacía lamentarse frecuentemente, yo procuraba consolarla reprochándola su afición y aconsejándola en bien de ella que se curase de su vicio.

Cuando yo tenía que escribir, ella cogía alguna novela francesa y leía en silencio junto a mí, mientras yo trabajaba. Examinaba mis cuartillas, me oponía reparos y hasta que yo me levantaba de la mesa sentía muy cercano el perfume de sus cabellos y la tibieza de su cuerpo. Como dos camaradas permanecíamos horas enteras sin que una idea grosera turbase la armonía de nuestra plácida amistad.

Recuerdo que una tarde se entretuvo ayudándome a buscar fotografías y datos para confeccionar un álbum de música dedicado a la malograda *Fornarina,* y con este motivo hablamos largamente de esta *divette* famosa, fallecida en Madrid el 17 de julio de 1915 en plena apoteosis de triunfo y de belleza, cuando la Gloria y la Fortuna acariciaban su dorada juventud.

Era una criatura la dulce *Fornarina* sobra-

damente recordada del público para que necesite yo evocar su hermosura lánguida y ardiente, aureolada por el oro encendido de su abundante cabellera, su aristocrática figura y su agradable simpatía. Durante más de doce años, las más selectas y populares revistas cortesanas y extranjeras reprodujeron el delicioso hechizo de esta flor de maravilla, crecida en el jardín del Arte bajo la amable caricia de un público idólatra y numeroso.

Fornarina, rosa fragante y delicada, cuyo principal encanto era ser irresistiblemente femenina, suave y mimosa como una gata y toda armónica como una de aquellas famosas figulinas inmortalizadas en los frisos de Pompeya, llegó a lograr—¡a costa de no pocos sacrificios y amarguras!—una importante celebridad, que no consiguieron superar, ni siquiera oscurecer, sus múltiples imitadoras. Pero la gran Demoledora, que nos deja soñar con glorias y riquezas y asiste fríamente al esplendor de las más encantadoras criaturas, primor de gracia, inteligencia y picardía, sa-

liendo bruscamente de su guarida negra segó en flor la existencia de Su Majestad *Fornarina,* que nació justamente en el mes de las rosas y tuvo una vida tan breve como la de ellas. De esta flor maravillosa, que durante varios años fué la embajadora de la Primavera, hechizándonos con su arte y su hermosura, sólo nos queda ya el recuerdo. Su rubia fragildiad yace en una caja horrible, donde muy pronto los gusanos de la Fría celebraron festín devorador y silencioso... ¡Se deshojó la flor!

Espiritualmente, la áurea *Fornarina* era una muñequita dotada de inteligencia privilegiada, que ella procuró afinar y suavizar en cuanto pudo. Sus prolongados viajes por el extranjero y el continuo roce con artistas y gentes del gran mundo habían metamorfoseado a la antigua lavandera del Manzanares en una duquesa. Antes de morir hubiera llevado sobre sus hombros el mantón de su primera época con la misma majestad que un manto de Corte. Toda ella era distinción que se manifestaba en los modales, en la manera de ataviarse y

en su conversación, de ingenio inagotable. *Fornarina* no era sólo la artista que nos embriagaba con sus canciones bellamente frívolas y su sonrisa incomparable; era también una criatura excepcional, que hablaba el francés con rara perfección, y el inglés y el alemán con bastante desenvoltura, y que, contra lo común en las mujeres ilustradas, no era pedante ni aburrida. En la capital de Francia, donde triunfó varias temporadas como artista, adquirió el secreto de su irreprochable elegancia y su afición a la lectura. Alfredo de Musset, Víctor Hugo y Verlaine le eran tan familiares como Federico García Sanchiz, Tomás Borrás, Jacinto Benavente y Zamacois, sus buenos amigos de aquí, que contribuyeron en gran parte a depurar su sensibilidad.

Para satisfacer a María Antonia busqué entre mis papeles la copia de una carta de Consuelo dirigida desde Hamburgo al notable poeta Enrique Amado:

"... Te dije que no me gustaba Hamburgo, y es verdad. No me gusta por su aspecto su-

cio. No tiene nada de artístico. Además, todas estas poblaciones alemanas son antipáticas. Berlín es algo más agradable; tiene más ambiente de arte, *en lo que cabe*. París es mi favorito de todo lo que he visto. No lo digo como la mayoría de las personas, que dicen que les gusta París porque es elegante decirlo. No. A mí me gusta por sus obras de arte, que tiene muchas; me gusta por sus mujeres elegantes, que siempre tienen una sonrisa y una palabra dulce para todo el mundo. Me gusta por sus modistos. ¡Tienen tanto gusto en la elección de colores! Me gusta el público cuando trabajo, pues yo creo que me comprende más que ningún otro. Pero para estos alemanes todo es grande, todo es ¡¡kolosal!! No tienen finura; en fin, que no me entran. A mí me gusta todo lo que es ligero. Esta gente es muy pesadota. Alguna que otra vez, cuando tengo la dicha de oír una sinfonía de Beethoven, mi músico adorado, entonces me entra alucinación por ellos, reflejo de la que me inspira Beethoven, que es profundísima, puedes creerlo..."

Como artista, tan sólo aplausos encontró siempre *Fornarina* para su refinado trabajo. Desde el primer momento fué una cosa aparte entre las cancionistas españolas. Fué el oro sobre los falsos metales; lo aristocrático sobre lo plebeyo; y la estrofa más peligrosa de insinuación, en labios de ella se mecía en un claroscuro que permitía la pincelada de rosa; pero jamás llegaba hasta el rojo subido. Exhalaba de toda su figura ese efluvio atrayente, esa fuerza sugestiva y dominadora de la mujer singularmente femenina, y no existe actualmente otra *divette* que goce de tantas simpatías como ella disfrutara en vida.

¿Quién ha podido superarla en sus famosas creaciones *Clavelitos, El Boulevard, El peluquero de señoras, La canción del Rhin, La serenata apache, La historia de Juan Español?*

Fornarina orientó a sus compañeras hacia un camino de Buen Gusto y Selección, que nunca se lo agradeceremos bastante los amantes de las Variedades, y siempre con su repertorio y sus toaletas contribuyó a iluminar el

tenebroso abismo de la Vulgaridad en que, salvo contadas excepciones, se movía la mayoría de las artistas españolas...

Fornarina no era envidiosa ni profesaba antipatía a sus distinguidas compañeras. Ni siquiera a aquellas que tan furiosamente se lanzaban sobre sus canciones recién estrenadas para luego destrozarlas concienzudamente en los escenarios de provincias. Como además carecía de un papá intrigante, de una mamá que la soliviantase o de una hermana encargada de exaltarla—pues la familia de Consuelo era en extremo razonable y simpática—, para ella la vida del teatro se deslizaba suave y plácidamente.

—¡Bah!—solía exclamar al enterarse de que la Fulanita o la Menganita la habían arrebatado un cuplé—. ¡No lo van a hacer mejor que yo!...

La única artista con quien sostenía una entrañable amistad era Amalia Molina, la preciosa sevillana que empezó con ella su carrera artística. Cuando la Casualidad las reunía en

un mismo punto, ambas solían pasar grandes ratos juntas recordando aquellos tiempos de Actualidades, en que no ganaban más que ocho pesetas; pero contaban con el divino tesoro de diecisiete años, llenos de esperanza, que la realidad superó.

El año 1914, que actuaron juntas en Santander, turnaron en el puesto de honor del cartel, a propuesta de la misma Consuelo, que dió con esto un alto ejemplo de respeto a los altos méritos de la gentil Amalia y una lección a esas señoritas que, sintiéndose *divettes* prematuramente, se niegan a trabajar antes que otros artistas de menor categoría.

Buena prueba de cuán firmemente estimaba a sus compañeras la dió pocos meses antes de morir, al ser invitada por una Comisión de la Unión Artística de Variedades a tomar parte en una función a beneficio de la Sociedad, en el Gran Teatro.

Al indicarle Alfonso Martín, director de la *Revista de Variedades,* que la Unión sólo ne-

cesitaría de su concurso una vez al año, *Fornarina* replicó vivamente:

—¿Sólo una vez? ¡Todas las que me llamasen acudiría yo, tratándose de favorecer a mis compañeras!

Por cierto que cuando, ya enferma, se vió en la necesidad de suspender sus presentaciones en Apolo, a la carta en que Alfonso Martín, en nombre de la Comisión organizadora suplicaba un sacrificio para que no se suspendiera el festival de la Unión de Variedades, ella contestó con la siguiente carta autógrafa, una de las últimas que escribió:

"Amigo Martín: Siento en el alma que usted haga caso de esas gentes que le han dicho que *no quiero* trabajar en el festival de hoy. Yo he tenido toda mi vida mucha formalidad, y no iba ahora a dejar de ser formal. Usted sabe positivamente que el jueves de moda ya no trabajé por la tarde en Apolo, haciendo con esto un enorme perjuicio a la Empresa, que tan

buena es para mí, y tampoco ignora usted que ayer no trabajé en el Real.

"Yo estoy sosteniéndome a fuerza de inyecciones para tenerme en pie las horas de la noche que tengo que cantar en Apolo.

"Quítese usted de la cabeza todos esos infundios, pues yo no me tengo a menos trabajando, no con *Chelito,* a quien quiero mucho, sino con la última artista de varietés.

"Yo le suplico que suspenda ese festival para otro día con el mismo programa, y le demostraré que no tengo a menos hacerlo. ¡Todo lo contrario!...

"... Nunca estoy más contenta que haciendo un bien, y *jamás* me he negado a hacerlo.

"Diga usted a todos mis compañeros que el día que quieran, cuando mi salud esté más segura, yo me comprometo a cantar en la plaza de toros a beneficio de ellos, pues no es la primera vez que lo he hecho.

"Sabe que es suya amiga.—*Fornarina.*"

A esta carta, Alfonso Martín contestó con

otra especialmente cordial y agradeciendo a *Fornarina* el interés que por la prosperidad de la Unión de Variedades manifestaba. Yo poseo como una reliquia la nueva misiva de Consuelo, que fué la última:

"Amigo Martín: He recibido su carta, y le agradezco muchísimo todo cuanto en ella me dice. Ya ve usted, mi buen amigo, cómo no era que yo no quisiera trabajar en el festival, ¡pobre de mí! ¡Qué malita estaba el día que le escribí mi carta! Horas después vino el médico y me encontró con 40 grados de fiebre y unos dolores horribles. Ayer pasé el día bastante fastidiada, pero algo mejor y con menos fiebre. Hoy estoy más aliviada y ha desaparecido la fiebre; pero tengo que guardar cama todavía lo menos dos días.

"¡Qué alegría hubiera yo tenido trabajando esa noche, y qué contrariada estaba por no poder hacerlo. En Apolo están también de cabeza... Ya ve usted que esto no es comedia,

pues yo no iba a ir en contra de mis intereses de bolsillo...

"Espero que esta fiesta la haremos. ¿No es así? Podremos celebrarla tan pronto yo termine en Apolo, que será pronto, pues yo quiero reponerme bien. No sé cuándo volveré a trabajar, pues depende de mis fuerzas. Le escribo en la cama. Mil gracias por su carta, y sabe soy su amiga.—*Fornarina.*"

En ambas cartas la infortunada artista ponía de relieve la bondad de su corazón y el vehemente interés que despertaba en ella cuanto se relacionara con sus compañeros. ¡Si todos los artistas fueran como ella, la Unión de Variedades no hubiera fracasado, y hoy sería el apoyo y la defensa de los artistas del género!...

Cuando la pobre *Fornarina* nos narraba por última vez en Apolo el inverosímil recorrido de un ojo de cristal o las aventuras de don Procopio, estuve a saludarla en su camerino antes de que saliese a cantar. Consuelo bro-

meaba, coqueteando con su propia figura reproducida en el agua muerta de un espejo con marco de plata, y me habló de su enfermedad.

—Estoy muy mala, Alvarito. La gente no ha tomado en serio la gravedad de mi mal; pero le aseguro que, si no fuera por el temor de perjudicar a la Empresa, ahora mismo me marchaba a mi casita y me acostaba.

—Ta, ta...—contesté—. ¡Eso es un truco para inquietar a los admiradores! Las mujeres jóvenes y guapas resultan más interesantes siempre haciéndonos pensar que se pueden morir. ¡Salga, salga usted a escena a lucir esos hombros de raso y esas pedrerías fulgurantes, y déjese usted de historias!

Ella se limitó a sonreír sombriamente, y, diciendo a su hermana Petrita: "Anda, nena, coge los claveles", se dispuso a presentarse en escena.

Yo salí a mi butaca y tuve la suerte de alcanzar el primer clavel de su pregón, con esa ilusión de los diecisiete años favorecidos por la simpatía de una artista eminente. Yo en-

tonces ni soñaba con ser escritor; pero frecuentaba los camerinos y sostenía intimidad con las más renombradas cancionistas. Pero viéndola entre el rojo abrasador de aquellos claveles que tan graciosamente arrojaba al público, sentí una leve inquietud.

Realmente, *Fornarina* tenía razón. En su rostro se marcaba la huella del terrible mal que la llevó a la tumba, y su voz era la de una muerta que cantara. Aumentaba el malestar la monotonía de la música de *El último cuplé,* esa canción que parecía sus funerales.

A la sola idea de que aquella criatura ideal, que cantaba inclinándose insensiblemente, como buscando ya la tierra, pudiera desaparecer, recordé toda su vida de triunfo y de locura, leída en las revistas y diarios. Primero su presentación en el Japonés, deslumbrante de belleza; luego sus campañas de Romea y Actualidades, con esas lindas muñecas que se llamaron Pepita Sevilla, Amalia Molina, Adelita Lulú y otras cuantas desgraciadas, hoy fracasadas y convertidas en montones de

carne poco apetitosa; después su actuación en el Kursaal Central, a su regreso de París, y, finalmente, sus éxitos de la Comedia, Eslava y Apolo.

Diez años habían sido suficientes para transformar a la chulilla que tantos conocieron acarreando sacos de ropa por la calle de Alcalá, en una muñeca encantadora, con toda la fragancia del *chic* parisiense. ¡Imaginar que aquella hada moderna, de oro y nácar, pudiera perecer tan joven y tan linda! Parecía crueldad, y, sin embargo, todo en ella despertaba ideas sombrías.

¡Aquella voz suplicante, aquellas miradas doloridas, aquella sonrisa forzada cuando decía que "deseaba ser algún día envuelta en su bandera"!...

¡Y es que la Muerte la acechaba ya implacable entre claveles, y ella presentía el perfume macabro triunfador del de sus flores!...

—¿Qué artista le gusta a usted más—pregunté un día a *Fornarina.*

—Todas me parecen admirables—respondió ella con presteza.

—Bien—insistí—; pero alguna le parecerá a usted superior a todas.

—A mi juicio—contestó *Fornarina*—, la que tiene más juventud y condiciones y, por tanto, la de más porvenir, es *La Goya*. Además—añadió—, Aurorita tiene la ventaja de ser una muchacha muy inteligente.

En mi álbum de confidencias, que María Antonia y yo repasamos aquella tarde, con las confesiones autógrafas de personalidades eminentes y populares, como Jacinto Benavente, *Manón, La Goya,* la primera actriz Anita Martos y otras, había puesto *Fornarina* las suyas, que reproduciré a título de curiosidad:

"*¿Cuál es el color que usted prefiere?*—Colorín, colorao...

"*¿Cuál es su perfume favorito?*—Una mezcla que yo me he inventado.

"*¿Qué flor encuentra usted la más bella?*—Todas, con tal que huelan bien y no pinchen.

"*¿Cuál es, según usted, la más estimable virtud?*—La que no se manifiesta.

"*¿Qué vicio detesta usted más?* — Uno que anda cundiendo mucho por ahí...

"*¿Cuál es su ocupación preferida?*—Eso no se pregunta. Siendo mujer, mirarme al espejo.

"*¿Cuál cree usted que es el ideal de la dicha terrestre?* — ¡Cualquiera da con la receta para ser feliz!

"*¿Qué le parece a usted más lamentable?*— No tener dinero.

"*¿Cuál es su principal esperanza?*—Ser rica y absolutamente feliz.

"*¿Cree usted en la amistad?*—A ratos.

"*¿Qué ciudad habitaría usted preferentemente?*—Madrid.

"*¿Qué capital extranjera le es más simpática?*—París.

"*¿Qué escritores prefiere usted?*—Todos los buenos.

"*¿Qué pintores?*—Los mejores.

"*¿Qué músicos?* — Los que hacen menos ruido.

"*¿Qué divisa tomaría usted, si hubiese de elegir alguna?*—Amor y trabajo, y ustedes perdonen si les parece cursi.

"*¿Prefiere usted un lecho duro o blando?*—¡Blando, hombre; eso no se pregunta!

"*¿Cuál es su frase favorita?*—¡El buen señor es un conquistador!"

Un día, en Léipzig, *Fornarina* tuvo el capricho de consultar a una adivinadora, que, después de examinar las líneas de su mano, la predijo:

"Llegará usted a ser muy rica; pero no disfrutará de su fortuna, porque morirá usted joven."

Este cruel horóscopo la obsesionaba, y todo su empeño era abandonar el teatro y vivir cómodamente en un hotelito sin carecer de nada.

—Yo soy algo burguesa—solía decirnos a sus amigos aquella madrileña deliciosa, que poseía una cultura bastante superior a la de algunos intelectuales—. ¡Quiero acabar como la Camargo, retirada y tranquilamente.

Sin embargo, la creadora de tantas canzonetas frívolas, que recibió el homenaje de Príncipes y Reyes, sintió en plena juventud el abrazo de la Inexorable, consiguiendo el eterno reposo a la edad en que los dioses llaman a sus amados junto así, y hoy duerme justamente en el mismo lugar que otras dos gracias de Madrid, bellas, gentiles y famosas: la goyesca duquesa de Alba y la traviesa comedianta Pepita Tudó.

Hacía ya bastantes años que una terrible enfermedad minaba el organismo de Consuelo; pero ella no pareció nunca concederle gran importancia, hasta que en los primeros meses del año 1915 se sintió totalmente dominada por ella. Durante su temporada de Apolo el mal llegó a su apogeo, y fué preciso llevar a cabo la operación *a vida o a muerte,* porque la enfermedad revestía caracteres gravísimos. *Fornarina,* sin embargo, no adivinaba todo el peligro de su mal, y a alimentar su optimismo contribuían piadosamente cuantas personas la rodeaban.

El mismo día de sentirse realmente vencida por la enfermedad, Consuelo estuvo en el Banco acompañada de su hermana Petrita. Ya de regreso, dijo a su amiga inseparable Nati, con honda preocupación:

—Vengo muy asustada, porque al salir del Banco he visto en un coche a una dama vestida de blanco, que me ha mirado muy fijamente.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó su amiga.

—¿No te vas a reír?...

—No, mujer... ¿Qué pasa?

—Pues yo estoy segurísima de que aquella mujer vestida de blanco... ¡era la Muerte!

Por la noche, Consuelo tuvo que guardar cama.

Ya en el Sanatorio del Rosario, días antes de ser operada *Fornarina* por el doctor Cospedal, preguntó ella de repente a uno de los amigos que a diario iban a visitarla:

—¿Cuál es el cementerio más alegre de Madrid?

—No sé—contestó el interpelado, un poco

sorprendido por la incongruencia de la pregunta—. Pero creo que el más alegre es el de San Isidro...

La operación fué realizada con éxito satisfactorio, después de haber hecho ella testamento, por el que dejaba su fortuna, por partes iguales, a su padre y hermanos; pero quedaba siempre en peligro la vida de la enferma.

En efecto, a las cuarenta y ocho horas de operada, cuando un millar de cartas llegaban al Sanatorio con la felicitación de sus mejores amigos, *Fornarina* comenzó a agravarse y, presa de altísima fiebre, deliraba llamando a su madre. Acudió inmediatamente el doctor Cospedal, que declaró que la muerte era inevitable, y a las seis de la mañana le fueron suministrados los Sacramentos. Perdió el habla, y amorosamente besaba unas medallas y un Crucifijo que pusieron entre sus manos extenuadas. Y sin temor, al parecer, la adorable criatura, toda belleza, juventud e inteligencia, aguardó la llegada de la Muerte...

A las cuatro expiró, después de una agonía

de seis horas, rodeada de su hermana Petrita, su padre y sus buenas amigas Jacinta y Nati. Su cuerpo fué amortajado, según su deseo, con el hábito de la Soledad y colocado en un féretro de caoba con adornos de plata. A las ocho fué trasladada a una de las salas del Sanatorio, convertida en capilla ardiente, donde yo la contemplé completamente sola.

Aquella flor de maravilla, que tantos admiradores y amigos contaba, yacía, toda pálida y risueña, en la abrumadora soledad de la capilla ardiente. Sólo velaron la última noche de aquel sol que se había extinguido tan bruscamente su hermana y sus amigas, que fueron quienes también recogieron su último rayo de luz. Ni una artista siquiera se acercó a acompañar el cadáver de la más generosa y admirable de las compañeras. A las *estrellas* residentes en la Corte no les pareció oportuno rendir el postrero homenaje a *Fornarina*. En cambio, yo estoy seguro de que si Amalia Molina se hubiera encontrado en Madrid, no se

hubiera separado en toda la noche de la infortunada Consuelo.

Con la genial *divette* de los ojos de esmalte desapareció algo muy típico y querido de los madrileños.

Todos los años, su presencia era un acontecimiento que animaba al público cortesano durante su actuación en Apolo, y nos marcaba el estribillo de la canción que habíamos de tararear hasta la temporada próxima.

Pero ahora, cuando la primavera inunda de colores los jardines, suspiramos con melancolía al acordarnos de la que fué su linda embajadora: *Fornarina.* La evocación de su silueta es un ascua sobre nuestro corazón, y el eco de su voz resuena en nuestros oídos, colmándonos de angustia. Porque de esta flor maravillosa, que durante varios años nos hechizó con su arte y su hermosura, sólo nos queda ya el recuerdo. Su rubia fragilidad yace en una caja horrible, donde muy pronto los gusanos de la Fría celebraron festín devorador y silencioso...

Cuando más embebidos nos hallábamos María Antonia y yo evocando a *Fornarina* y eligiendo retratos suyos entre la numerosa colección que yo poseo, el criado turbó nuestro diálogo para ofrecerme un sobre azul, cuya procedencia reconocí inmediatamente por la letra grande y nerviosa y el membrete de oro que decoraba un ángulo.

VI

"... ¿Qué has hecho en estos siete días que llevas sin venir por el estudio? ¿Estás enfadado?

"No faltes esta noche. Tendremos una sesión deliciosa, pues Tórtola Valencia ha prometido que traerá sus vestidos de escena y organizaremos una fiesta artística, seguida de espiritismo.

"Convence a alguna cancionista de postín, y tráetela para que cante después de bailar Tórtola.

"Muy cordialmente.—*Carlos.*"

Yo hubiera roto la tentadora invitación de Monreal para volver al templo maldito, donde

había empezado, primero a conocer, después a disculpar y finalmente a amar paraísos artificiales, que se habían transformado en tormentos espantosos; pero María Antonia, apoderándose graciosamente de la carta, lo impidió y, después de enterarse del contenido de ella, preguntóme:

—¿Quién es este Carlos?

—Este Carlos... es... Carlos Monreal.

—¿El famoso pintor?

—El mismo.

—No sabía que fueras amigo de él.

—Lo he sido hasta hace poco. Pero he decidido acabar esa amistad.

—En Barcelona me han dicho que tiene convertido su estudio en un fumadero de opio.

—Precisamente por eso es por lo que me conviene no volver a él.

—¡Y yo que iba a pedirte que me llevaras a su casa!

—¡Con que estoy convencido de lo perjudicial que es aquel infierno, y te voy a llevar a ti! En ninguna parte he visto tantos horrores como allí.

—Razón de más para que me presentes.

—¡Tú estás loca!

—Es que si no me llevas me presentaré yo misma.

—Haz lo que te parezca. Ahora que, para tu estado de ánimo, no es aquel ambiente el más recomendable. Allí no van más que chiflados y viciosos. Seguramente, Tórtola Valencia bailará desnuda.

—No creo que este espectáculo pueda asustar a nadie.

—Es inútil que insistas. Ni yo voy a esa fiesta, ni, de asistir, te llevaría conmigo.

—Yo te creía más amable...

A pesar de mi resistencia, María supo cautivarme de tal forma, que, olvidando mis propósitos de regeneración, determiné aceptar la invitación de Carlos, y aquella noche me personé en la fiesta, acompañado de ella y de Mercedes Fifí, esa *divette* encantadora, abismo indescifrable de chulería y de inquietud espiritual, que lo mismo se levanta flamenca y da un mitin en plena Puerta del Sol, que se

torna un monstruo adorable de perversión quintaesenciada.

¡Velada extraña y singular! Sobre oscuros tapices y copias de Goya y Rembrandt, una baraja de mujeres con cara de muñecas y hombres con gestos de autómatas circulaban por el estudio, causando una impresión de ensueño y pesadilla. Allí estaban las más sangreazuladas princesas del amor y de la escena, excitando el deseo de los artistas pervertidos y los adolescentes aristócratas, que en nombre de la estética se lanzan al abismo de la sensualidad extraviada o al paraíso artificial.

A poco de nuestra llegada, Tórtola Valencia, en un extremo del salón, interpretó unas danzas de Grieg y Listz, y en seguida, Mercedes Fifí, ataviada por Thiele, cantó unas historietas picarescas, con su frivolidad tan parisina y su genial coquetería.

Después del arte exótico de Tórtola Valencia y el arte ultramoderno de Mercedes Fifí, yo acompañé al piano a Misstinguette, que cantó mi cuplé *El ricito de pelo* en un caste-

llano arbitrario, y al terminar, Angelotto, el napolitano, empezó el reparto de las pipas de opio. Se apagaron las luces, quedando únicamente encendida la pantalla rosa puesta sobre la mesa próxima al balcón, y el penetrante olor de la droga oriental reinó en el fumadero.

Cuando en la atmósfera pesada y muda del estudio comenzaron las oscilaciones y los primeros ronquidos del opio, un retrato que había sobre la chimenea encerrado en un marco, se vino al suelo sin causa alguna que lo justificara, rompiéndose el cristal con el estrépito.

Julio Mayol, uno de los presentes, el gran cultivador de los fenómenos espiritistas, se levantó para recogerlo, y exclamó, dirigiéndose a todos:

—¡Es el retrato de la *Fornarina!*

—¡Qué casualidad!—murmuré yo al oído de María—. Precisamente hemos estado hablando de ella toda la tarde.

—¿Queréis que la llamemos? — preguntó Mayol.

—¡No, no!—protestaron, medrosas, algunas voces femeninas.

Julio Mayol no insistió, y después de colocar el retrato en el sitio de donde cayera, recobró su asiento; pero a los pocos minutos, el mismo ruido escandaloso alteró la quietud del salón.

Esta vez fué Mercedes Fifí quien se levantó a recoger el retrato de *Fornarina,* nuevamente caído, como empujado por una mano invisible.

—Indudablemente—balbuceó Mayol, levantándose ronco y febril—, *Fornarina* se queja por no haber sido invitada a esta fiesta. Ya que no permitáis que invoquemos su espíritu, dejad, al menos, que la oigamos cantar en el gramófono.

Y rápidamente, después de haber dado cuerda al aparato y poner una aguja, colocó un disco de la artista y recuperó su asiento.

El opio había ya llegado valientemente hasta nosotros, sentíamos esa peculiar frescura en los pies y esa gran debilidad en todo el

cuerpo que nos hace sospechar si nos habremos convertido en manteca; los ojos se ensanchaban en todas direcciones, como para hacer más grande el éxtasis; los labios se contraían y la garganta se cerraba, como ahogando una sed que de buena gana habría satisfecho, a no impedírmelo una deliciosa pereza. Suspiros broncos trataban de escaparse de mi pecho; diríase que el cuerpo se negaba a recibir un alma nueva, y ya los objetos y personas del estudio perdieron su contorno.

En la semioscuridad de la estancia, donde yacían en confuso montón los fumadores con rostros lívidos de intoxicados ya, vencidos por el opio, resonó más sombriamente la música velada del gramófono.

Como un rumor *lejano* oyóse la alegría del pregón de *Los claveles,* y luego, *más lejana aun,* como una cosa de ultratumba, la voz de ELLA, repitiendo dulcemente:

¡Clavelitos de la tierra adorada!
¡Clavelitos que vienen de Granada!

La música se fué haciendo cada vez más perceptible y cercana, y entonces sucedió algo que me llenó de espanto y de sorpresa a la par: el tapiz de la puerta de entrada descorrióse con suavidad, y ELLA hizo su aparición, rosada y áurea, ataviada con su famosa crinolina, que la prestaba vaporosidad espectral, oprimiendo entre sus brazos desnudos un ramo de claveles negros.

En la penumbra del estudio, a la luz plateada de la luna, *Fornarina*-fantasma, la mujer ideal que fué la más bella ilusión de mis catorce años; la artista por quien yo me escapé tantas tardes del colegio para oirla cantar sus diabluras angelicales, daba vueltas y saltos como un copo de nieve rojo, sin que la seda transparente de su traje promoviera el más leve crujido.

Siguiendo la voz del gramófono, ELLA accionaba como si estuviera en escena, y arrojaba sus fúnebres claveles sobre las cabezas de los fumadores inmóviles. Sus piernas, finas como cañas, su forzada sonrisa, su traslúcido

escote, su talle horriblemente frágil y su azulada palidez hacían de ella una flor espectral de macabra hermosura, que exhalaba un perfume inconfundible de fosa.

La alucinación era perfecta, y mientras los ronquidos de los concurrentes se convertían en estertores, ella seguía moviéndose y arrojando claveles.

Pero, repentinamente, la cuerda del gramófono saltó de un golpe seco y metálico, como el de una campana funeral, y el estudio se iluminó con un intenso resplandor violeta, como bajo una proyección de gas oxídrico, y al volver la oscuridad, *Fornarina*-fantasma había desaparecido, quedando solamente como huellas de su estancia allí los fúnebres claveles, que poco a poco se iban alargando por el tallo hasta metamorfosearse en delgadas serpientes de afilados hocicos, que se erguían sobre sus colas para morder airadamente en los rostros de los fumadores.

Yo vi uno de estos reptiles tenebrosos ondular como una cinta al viento y dirigirse a mí

con los ojos centelleantes y su doble lengüeta verde asomando entre dos hileras de larguísimos dientes; y cuando le sentí muy cerca de mí y noté la viscosidad de su piel resbalando sobre la mía y clavar en mi incendiada frente su aguda dentadura, caí desvanecido.

La negra y venenosa serpiente del opio me había poseído, produciéndome una sensación tan indescriptible de terror, que superaba a todos los momentos angustiosos conocidos por la droga.

Y cuando al día siguiente desperté de mi letargo y recordé la pesadilla, me hice el propósito firmísimo de abominar de aquel amor prohibido, que tantas amarguras podían ocasionarme.

En aquella velada memorable me despedí para *in eternum* de los paraísos artificiales, y ahora, cuando me hablan de placeres y de refinamientos que no sean materiales, sonrío levemente, persuadido de que la verdadera felicidad, el auténtico delirio, está en los brazos y en los labios de la persona a quien quere-

mos, de la persona a quien podamos amar a la luz del sol, sin sobresaltos ni mixtificaciones.

Alvaro Retana

Madrid: Manuel Silvela, 10.

La "Editorial Atlántida"

ha puesto a la venta las siguientes obras:

Memorias galantes del señor de Brantome

Prólogo, notas y traducción de

ARTEMIO PRECIOSO

DOS PESETAS EJEMPLAR

Patria

tomo III de las obras completas del gran escritor cubano

JOSÉ MARTÍ

ordenadas y prologadas por A. GHIRALDO

CINCO PESETAS EJEMPLAR

La capa del estudiante

libro de versos por

MARIANO TOMAS

TRES PESETAS EJEMPLAR

LEA USTED

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

MUCHAS GRACIAS

es el periódico más ameno y más leído de España.

MUCHAS GRACIAS

cultiva en sus páginas todos los matices de la sátira.

REDACTORES Y COLABORADORES:
Julio Camba, Muñoz Seca, Eduardo Zamacois, Felipe Sassone, "El Caballero Audaz", Alberto Insúa, Emilio Carrère, Artemio Precioso, Joaquín Belda, Fernando Luque, "Juan Ferragut", Francisco y Antonio Graciani, Alfonso Vidal y Planas, Mariano Benlliure y Tuero, "Kurro Kastañares", Mariano Tomás, José Bruno, F. Martínez Corbalán, Díaz-Antón y otros.

DIBUJANTES:
Ribas, Tovar, Penagos, "Demetrio", Díaz-Antón, Garrido, Bradley Bluff, Bellón, Puig, Picó, Serny, Durabat, Mihura, Gazo y otros.

MUCHAS GRACIAS

justifica su título, y su precio es el de

TREINTA CENTIMOS EJEMPLAR

La Novela de Hoy

correspondiendo al favor cada día más creciente que el público le otorga, ha adquirido

LA EXCLUSIVA

de las producciones de los grandes escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Wenceslao Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Rafael López de Haro, Julio Camba, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Marcelino Domingo, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Felipe Sassone, Alberto Valero Martín, Alfonso Vidal y Planas, Francisco Camba y otros.

Tan enorme esfuerzo, sin precedente en España, no ha vacilado en hacerlo

La Novela de Hoy

en obsequio a sus numerosísimos lectores.

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los dias, novela (3.ª edición).

"Valvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Silencio, novela (2.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (2.ª edición).

Acotaciones a un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (2.ª edición).

El secreto de Barba Azul, novela (8.º millar).

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Mendizábal, 42. - Madrid

LA NOVELA DE NOCHE

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

ESPAÑA

Año..... 32 pesetas.
Semestre..... 19 —

EXTRANJERO

Año..... 12 pesetas.
Semestre..... 12 —

PORTUGAL Y AMERICA

Año..... 24 pesetas.
Semestre..... 14 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro postal o sellos de correos.

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

DE LA

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

EL RODEO

Hermoso drama de *Araquistain.*

ENCARNA "LA MISTERIO"

De *Fernando Luque* y *Calonge.* El mayor éxito teatral del año actual: *2 pesetas.*

SATIRAS Y DIATRIBAS

De *Mariano Benlliure.* Libro de lucha, vibrante y atrevido, capaz de labrar la reputación de excelente crítico si su autor no la tuviera ya bien ganada: *4 pesetas.*

LIRA INTIMA

Segundo tomo de las obras completas del gran escritor cubano *José Martí: 5 pesetas.*

¿QUE ES ESPAÑA?

De *Marcelino Domingo.* El título de esta magnífica obra es suficiente para despertar la curiosidad del lector. De palpitante actualidad: *4 pesetas.*